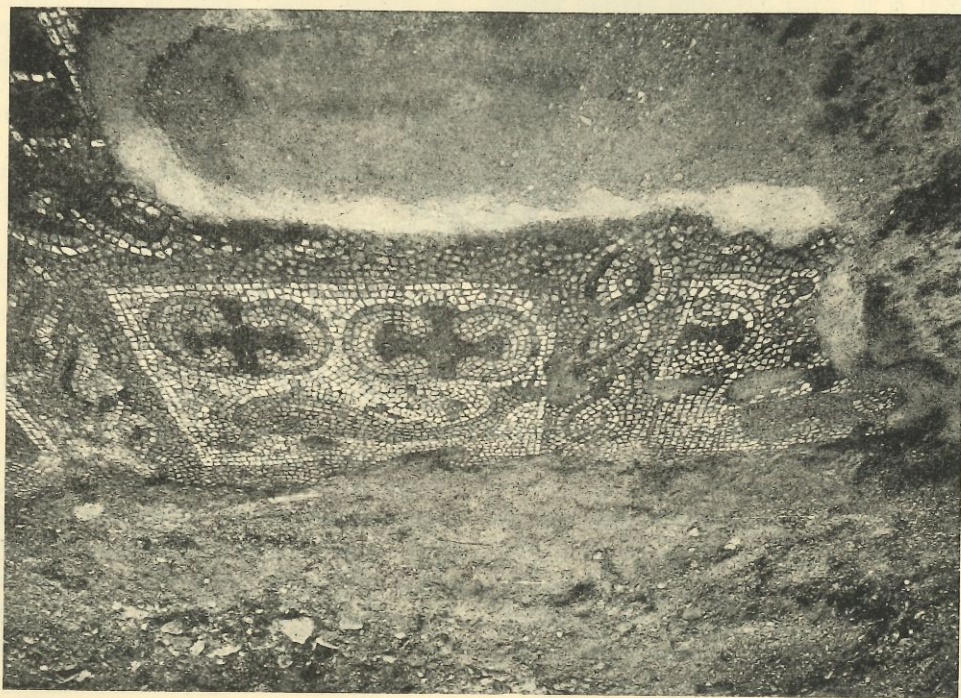


LA PRIMITIVA BASILICA DE EGARA (TARRASA)

J. de C. Serra y Ráfols

Es bien conocido de todos los amantes de nuestro arte cristiano antiguo el conjunto formado por las iglesias de Sant Pere de Terrassa, en el que se suman elementos arquitectónicos de inapreciable valor, al lado de otros pictóricos que no les ceden en importancia. El hecho de celebrarse en este

plir debidamente en ella los deberes pastorales, y la dividió, eligiendo a Egara como cabeza de la nueva sede al frente de la cual puso a Ireneo, en la vieja población romana que tenía como centro el espacio comprendido entre los torrentes de Vallparadís y de Monner, debía existir una comunidad cris-



Detalle del mosaico con la representación simbólica de los peces.

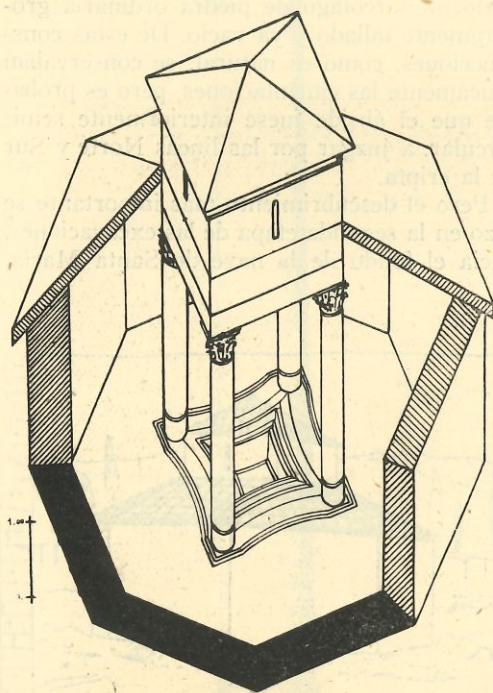
Año Santo de 1950 el décimoquinto centenario de la creación del obispado visigótico de Egara, da además un carácter de actualidad al viejo recinto cristiano al que nos referimos.

No cabe duda que cuando el año 450 el obispo de Barcelona Nundinarius creyó excesivamente extensa su diócesis para cum-

tiana numerosa e importante. Si no hubiese sido así no se habría escogido aquel lugar para albergar la nueva dignidad eclesiástica. Y aquella suposición trae aparejada otra: el que dicha comunidad dispusiese de un templo de una cierta importancia para celebrar en él el culto divino.

Ningún elemento se conocía de este tem-

plo hasta el año 1916, en que el arquitecto señor Montcunill observó que aparecían restos de mosaico en una de las fosas que se cavaban en el cementerio que por aquel entonces todavía se utilizaban en derredor de la iglesia de Santa María, una de las tres que forman el conjunto de los viejos templos tarra-senses. Inmediatamente Puig y Cada-falch, que ya había dedicado un completo estudio a la parte visible de este conjunto, se percató de la importancia del hallazgo, y apoyado por un grupo de buenos tarra-sen-



Reconstrucción del baptisterio erigido durante la segunda mitad del siglo V, al crearse el obispado de Egara.

ses, al frente de los cuales estaba el venerable patricio don Francisco Pi de la Serra, fallecido no hace mucho, emprendió la tarea de rehabilitar y restaurar el templo de Santa María, que estaba en completo estado de abandono y ruina, al mismo tiempo que se suprimía y trasladaba el cementerio citado, y

con ello podía ponerse al descubierto el mosaico vislumbreado por Montcunill.

Cuando esto se hubo efectuado, lo que era una simple suposición, la existencia de un templo peleocristiano anterior a las iglesias de raíz visigótica conocidas, y anterior también a la creación del obispado de Egara en la fecha citada, pasó a ser una realidad tangible. Y a dar una ligera idea de este templo y del baptisterio posterior, del siglo V, que le fué anejo, es a lo que consagramos estas líneas.

Se trataba de una basílica de una sola nave, que medía 12'80 metros de anchura por unos 23 de longitud, comprendido el grosor de sus muros, y que representaba una sala cuadrangular de capacidad notable. Podemos imaginar su estructura de una manera bastante exacta, basándonos en que el grosor de sus muros, poco superior a 60 centímetros, no permitía en manera alguna la cubierta con bóveda, y ésta necesariamente había de sostenerse sobre vigas de madera, que con toda probabilidad dibujaban una doble vertiente. Las excavaciones anteriores a 1920 pusieron al descubierto su pavimento, formado por un mosaico de tipo romano, un *opus tesellatum*, constituido de pequeños trozos de mármol blanco, negro-agrisado y rojo oscuro, formándose con ellos combinaciones geométricas muy variadas, dispuestas con bastante irregularidad, tales como cuadrados, exágonos alargados, estrellas de seis puntas hechas de arcos de círculo, combinaciones mixtas de cuadrados y arcos de círculo, imbricaciones, etc. Destacan una gran estrella central de más de tres metros de diámetro, rodeada por una trenza, y que tenía en su centro un motivo del que desgraciadamente nada se ha conservado, acaso fuese una cruz, rodeado por otra trenza; este motivo de la trenza aparece también delimitando diversos rectángulos, en dos de los cuales existe el motivo simbólico cristiano del pez, acompañado de unas cruces. La comparación de este mosaico con los de la catedral de Perenzó, en Istria, permite fecharlo con bastante verosimilitud en la primera mitad del siglo IV.

Tendríamos, pues, que desde una época poco posterior al edicto constantiniano, la comunidad de cristianos de Egara habría levantado un templo de tipo basilical y proporciones relativamente amplias, lo que de-

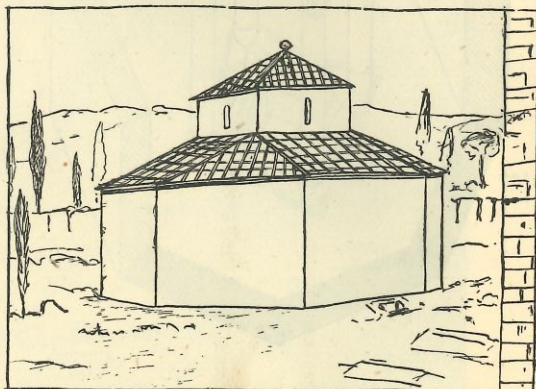
muestra era numerosa e importante y explica que posteriormente el lugar fuese escogido como cabeza de una Sede episcopal. Hay más: en otro lugar hemos apuntado que acaso este templo cristiano no fuese el más antiguo de Egara, sino que hubiese sucedido a otro u otros. En efecto; al procederse en 1920, por parte del "Institut d'Estudis Catalans", a levantar el mosaico descrito, para consolidarlo debidamente antes de volverlo a colocar en su sitio, se practicó una excavación por debajo de su plano, descubriéndose los restos muy destruidos de una casa romana con diversos *dolia* enterrados; pero, además, una doble alineación de muros, orientados exactamente en la misma forma que los de la descrita basílica, es decir, de Este a Oeste, dibujando una sala de 8'50 metros de ancho por unos 15 de largo. Aun parece que hubo otra construcción anterior de idéntica orientación, pero más reducida, de la que sólo se encontraron las cimentaciones de unas columnas. Si éstas podrían pertenecer al atrio de una casa, la citada sala no sería imposible correspondiese a un primer templo, acaso preconstantiniano, al que sucedió la basílica con piso de mosaico, en el momento en que, al conseguirse la Paz de la Iglesia, debió reforzarse e incrementarse la primitiva comunidad cristiana de Egara.

Esto es muy hipotético; pero la basílica de la primera mitad del siglo IV resulta segura. Su fachada estaría en el extremo Oeste, y nada sabemos de ella por existir allí construcciones posteriores, por debajo de las cuales no se han prolongado las excavaciones. Pero, en cambio, en fecha muy reciente, 1947, se ha podido descubrir su extremo Este con el ábside. En el año indicado la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas que dirige el Prof. Martínez Santa-Olalla, atendiendo a las propuestas de la recientemente creada Comisaría Provincial, dirigida por el Barón de Esponellá, acordó incluir en su Plan Nacional para dicho año las excavaciones del interior de la iglesia de Santa María de Egara. Para ello se contó con la cooperación del Municipio tarraense, a través de la Junta Municipal de Museos, y con la autorización y decidido apoyo de las autoridades eclesiásticas. El Excmo. y Rdmo. señor Obispo Dr. Modrego se dignó

visitar los trabajos, y el entonces Vicario General Dr. Morera lo hizo en más de una ocasión.

El primer resultado, obtenido poco después de empezar las excavaciones, fué descubrir el muro que limitaba por el extremo Oriental la basílica paleocristiana. En su parte central se destacaban dos cuerpos salientes, uno hacia el interior del templo, que albergaba una doble cripta sepulcral, y otro hacia el exterior, que formaba un ábside cuadrangular, de 4'75 metros de ancho con un saliente de 2'85 metros, y que interiormente contenía otra cripta, en la que estaba albergado un sarcófago de piedra ordinaria groseramente tallado y ya vacío. De estas construcciones, como es natural, se conservaban únicamente las cimentaciones, pero es probable que el ábside fuese interiormente semicircular, a juzgar por las líneas Norte y Sur de la cripta.

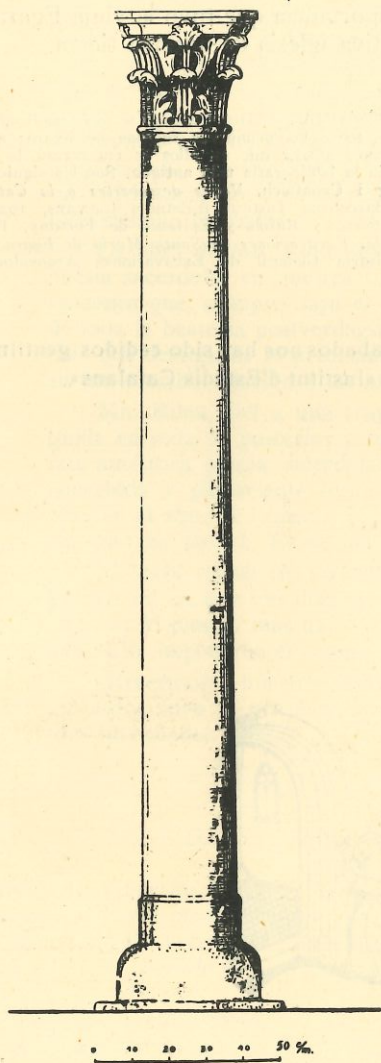
Pero el descubrimiento más importante se hizo en la segunda etapa de las excavaciones, hacia el fondo de la nave de Santa María.



Vista exterior del mismo

Consistió en los restos de un baptisterio, con la pila bautismal bastante completa, en tanto que sólo se conservaban vestigios del muro que formaba el edículo que la rodeaba. La presencia de este baptisterio, y por ende su cronología, queda explicada y asegurada por los datos históricos referentes a la creación del obispado egarense que hemos aducido al comienzo de esta nota. Al adquirir el templo

de Egara categoría episcopal, debió considerarse necesaria y urgente la erección de un baptisterio, ya que, como es sabido, en los primeros siglos de la Iglesia la administra-



Columna del primer baptisterio utilizada en la segunda época visigótica.

ción del bautismo era función de los obispos. Por esto podemos pensar que dentro del mismo siglo v debió dotarse de baptisterio a la

basílica de Egara. Este, como era muy corriente, se erigió detrás de la iglesia y fué un pequeño edículo de planta octavada, de cerca de seis metros de diámetro. Las dimensiones de la pila que lo preside son bastante grandes en relación a las muy reducidas de aquél. Forma un vaso cuadrangular con los lados curvados hacia el interior, al que se descende por dos escalones; está construido con mortero de ladrillo machacado, es decir, con el mismo material tan usado en los pavimentos, desde tiempos anteriores a Jesucristo hasta muy avanzada la Edad Media. Su interior es muy fino y en él se usan los procedimientos impermeabilizantes empleados por los romanos en todas sus obras hidráulicas. En sus cuatro ángulos quedaban señales del lugar donde se apoyaban otras tantas columnas que debían sostener una especie de templete. Hay fundados motivos para creer que estas columnas fueron posteriormente utilizadas cuando se erigió, acaso hacia la segunda mitad del siglo VI, el nuevo baptisterio visigótico, conservado en la actual iglesia de Sant Miquel. Serían las columnas de menor diámetro que se pueden ver ocupando los lados medianeros del templete central de este templo.

El obispado de Egara habría tenido probablemente una existencia fugaz si el testamento de Nundinarius hubiese podido cumplirse; pero perduró durante toda la época visigótica, al negarse el Pontífice Hilario a confirmar a Ireneo como obispo de Barcelona, tal como se pretendía en el testamento de Nundinarius, y ordenarle regresar a su sede de Egara, siguiendo las inspiraciones del Concilio reunido en Santa María la Mayor, de Roma, el año 465, en el que se combatió la viciosa costumbre de considerar la dignidad episcopal como un cargo hereditario. En esta forma el obispado egarense se mantuvo y consolidó, y conocemos los nombres de varios de los prelados que lo rigieron y que forman las actas de diversos concilios. Este hecho determinó, probablemente dentro del siglo VI, la erección de una nueva iglesia de mayor capacidad, una basílica de tres naves, de la que han quedado restos de los que no hemos de ocuparnos. Para edificarla se derribó la anterior, de la que se conservó únicamente el pavimento de mosaico que cubrió parte de las naves del nuevo templo.

Este, del mismo modo que era más ancho, tenía mayor longitud, de manera que alcanzaba y rebasaba el lugar ocupado por el baptisterio descrito. Esto obligó a derribarlo también, erigiéndose entonces para baptisterio, tal como hemos dicho, la que actualmente se denomina iglesia de San Miquel, restituida hace pocos años a su antigua función bautismal.

Aunque el último obispo egarense del que tenemos noticia sea Juan, que el año 693 firma las actas del XVI Concilio de Toledo, no es probable que la invasión musulmana determinase inmediatamente la extinción del obispado. Como es sabido, de momento, aquella invasión no determinó grandes cambios en la organización civil y eclesiástica del país, pero debió provocar una decadencia, especialmente de tipo económico, en las regiones fronterizas. Lo cierto es que, al reconquistarse el Vallés, el obispado egarense no fué

restaurado. Por los documentos sabemos que su memoria perduró largo tiempo, pero no se pasó de ahí. Otras sedes más ilustres, por ejemplo la metropolitana de Mérida, hubieron de pasar por el mismo trance. De todas maneras, los restos arqueológicos conservados en Tarrasa nos hablan elocuentemente de la importancia que tuvo la vieja Egara en la primitiva iglesia de nuestra tierra.

BIBLIOGRAFIA. — Dos trabajos se han publicado recientemente sobre las primitivas iglesias de Egara; al citarlos podemos añadir que en ellos se encontrará la mención de toda la bibliografía más antigua. Son los siguientes: Josep Puig i Cadafalch, *Noves descobertes a la Catedral d'Egara*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1948, y J. de C. Serra y Ráfols y Epifanio de Fortuny, Barón de Esponellá, *Excavaciones en Santa Maria de Egara*, Madrid, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, 1949.

Los grabados nos han sido cedidos gentilmente por el «Institut d'Estudis Catalans».

